

GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1980-1982

BARRY B. LONGYEAR
GEORGE R.R. MARTIN
GORDON R. DICKSON
CLIFFORD D. SIMAK
POUL ANDERSON
ROGER ZELAZNY
JOHN VARLEY



Otorgados anualmente en el transcurso de las convenciones mundiales que celebran los aficionados a la ciencia ficción, y votados por los propios lectores, los premios Hugo son el máximo galardón al que aspiran los cultivadores de este género.

El *Premio Hugo* representa, ante todo, la popularidad. Su obtención supone la consagración definitiva del autor como maestro, y en muchos casos ha catapultado a la fama a escritores desconocidos.

Presentadas con desenfado por *Isaac Asimov*, se recogen aquí las narraciones que ganaron el premio en los años 1980 y 1982, dentro de las categorías de cuento y novela corta. Su lectura, además de ser apasionante para el aficionado, es una toma de contacto idónea con la ciencia ficción para el profano que desee conocer las narraciones que consagraron en su día a los grandes maestros.

En el presente volumen se incluyen nueve relatos que recorren el amplio abanico de temas y enfoques imaginados por los mejores escritores del género para sus lectores. Dos soberbias historias de *George R.R. Martin* ambientadas en un futuro lejano, en las que queda patente la capacidad de la ciencia ficción para sacar el máximo partido de situaciones típicas de otros géneros. Nuevos relatos de escritores tradicionales, como *Clifford D. Simak*, *Gordon R. Dickson* y *Poul Anderson* (que ganó su séptimo Hugo en esta ocasión), y la reaparición de un veterano como *Roger Zelazny* con un relato de temática ajedrecística. Y también el segundo galardón obtenido por *John Varley*, junto con el descubrimiento de *Barry B. Longyear*, una nueva figura que entró con fuerza en el campo de la ciencia ficción.

Los relatos que ganaron el favor del público y forjaron la historia del género.

A Martin Harry Greenberg y Charles G. Waugh, los más meticulosos, los menos fastidiosos y, en suma, los mejores colaboradores que posiblemente nadie pueda tener.

Introducción: Mi revista

En el sexto volumen de Los Premios Hugo conseguí finalmente colocar uno de mis relatos, "El hombre del bicentenario", que ganó un Hugo en 1977. Podrás imaginarte, lector, la ilimitada alegría que me invadió cuando, por una vez, pude prescindir de los habituales elogios a mis compañeros escritores de ciencia ficción para alabarme yo mismo. Como muy bien sabrán quienes hayan seguido mi carrera, alabarme es algo que no suelo hacer.

Sin embargo, había un problema: ¿qué hacer para repetirlo?

Para no crear un suspense innecesario, aclaro que no he ganado un Hugo en ninguna de las categorías breves desde 1977 (aunque he ganado un Hugo, pero hablaré de ello a su debido tiempo, llegado el instante adecuado, no temas) y no aparezco en el octavo volumen, que ahora tienes en tus manos.

Por fortuna, ocurrió algo que ahora voy a contarte.

La historia empieza en febrero de 1976, cuando una persona de Davis Publications (los editores del Ellery Queen's Mystery Magazine y del Alfred Hitchcock's Mystery Magazine) llevó a su hijo a una convención de Star Trek. Asombrado ante el número y el entusiasmo de los asistentes, volvió a Davis Publications con la idea de empezar una nueva revista de ciencia ficción.

Habló con Joel Davis, el director de la firma, y consiguió interesarle, pues deseaba dar una hermana a las dos revistas que ya tenía, ambas de éxito. El único problema era que si ésta debía ser una revista de ciencia ficción, habría de estar a la altura de las otras dos y contar con un

nombre conocido en el título. Naturalmente, debería ser el nombre de alguien cuyo prestigio y elevada situación en el medio pudieran compararse a las de Ellery Queen en el misterio y Alfred Hitchcock en el suspense.

(¿Ves adónde quiero llegar? Si es así, inteligente lector, no se lo digas a nadie. Démosles una sorpresa a los demás).

Lo que Joel necesitaba era una persona famosa, cuerda y racional, valerosa e intrépida, astuta, decidida y, por encima de todo, alguien que fuera diabólicamente apuesta. Pero... no conocía a nadie así.

Por otra parte, ya me conocía de vista. La cosa ocurrió de este modo: escribo historias de misterio, así como de ciencia ficción, y cuando escribo una historia de misterio la ofrezco al Ellery Queen's Mystery Magazine. No la envío por correo: la llevo personalmente. Hago esto, en primer lugar, porque la ayudante de edición (y ahora editora) de la revista es la hermosa Eleanor Sullivan, y en tales ocasiones siempre hay risas y buen humor.

Lo cierto es que cuando entro en la oficina de una editorial, todo el mundo se da cuenta inmediatamente de mi presencia. No logro imaginar a qué puede deberse, a no ser que logren deducir mi presencia partiendo de que todo ese buen humor ocasiona gritos, carcajadas y agudos chillidos de placer. Supongo que Joel hizo averiguaciones al respecto y descubrió quién era yo. Así pues, en el momento crucial se le ocurrió que ese hilarante escritor de misterio que venía de vez en cuando y que también escribía ciencia ficción podía ser la persona adecuada.

Si un hombre de negocios desea conferirle una distinción a un escritor de ciencia ficción, el mejor modo que tiene un determinado escritor de CF para conseguirla es ser el único escritor conocido por dicho hombre de negocios. A falta de algo mejor, por lo tanto, Joel se dirigió a mí y sugirió que podía meterme en algo que iba a ser llamado Isaac Asimov's Science Fiction Magazine.

Me sentí horrorizado. Puede que esto te parezca excesivamente modesto, pero mi alma tímida intentó huir ante la idea de ver mi nombre en letras de molde.

—¡Caray, Joel! —dije—. El mundo de la ciencia ficción pensaría que me estoy metiendo en una arrogante cooperación de autopropaganda y se enfadaría muchísimo.

Pero él tenía una buena respuesta para eso:

—¿Quién en toda la Tierra podría llegar a sospechar que una persona tan decente y discreta como tú intentara siquiera tan arrogante operación de autopropaganda?

Bueno, cuando alguien tiene razón, tiene razón.

—Tienes razón —le dije. Y añadí—: Por otra parte escribo un artículo al mes para Fantasy and Science-Fiction y llevo dieciocho años haciéndolo. No puedo parar ahora de golpe. La revista ha sido muy buena conmigo y tengo ciertos prejuicios en cuanto a devolver mal por bien.

—Sigue adelante —me dijo—, mientras no se trate de ficción.

Y cumplió su palabra. Sigo escribiendo artículos para F&SF ocho años después.

—Además —aduje—, todos los editores de las revistas de CF que existen ahora son amigos personales míos. No querría ofender a ninguno de ellos utilizando el peso de mi nombre para competir con sus revistas.

—Si se trata de una revista nueva que fortalezca el medio, le darán la bienvenida —repuso Joel—. Pregúntaselo. (Acabé preguntádoselo y, para mi más absoluto asombro, reaccionaron exactamente tal y como Joel dijo que lo harían).

—Joel —dije yo finalmente—, mis colegas escritores se enfadarían al tener que mandar sus relatos a una revista que llevara el nombre de uno de los suyos.

—Al contrario —arguyó—. Estarían orgullosos de figurar en una revista que lleve un nombre tan distinguido como el tuyo.

—¿Lo crees de veras? —dije yo con voz débil.

–Totalmente –sentenció, clavando en mí su mirada hipnótica...

Al final acabé accediendo y, a finales de año, el primer número de Isaac Asimov's Science Fiction Magazine apareció con fecha de primavera de 1977 en la portada. Aún más, en la portada figuraba mi propio rostro, con patillas y gafas de concha incluidas. La foto hacía bastante justicia a mi incomparable apostura masculina, pero me mostraba en mangas de camisa. Joel no permitió que apareciera con el corbatín que lleva como mínimo una década siendo mi tercera e invariable seña de identidad.

La revista empezó siendo trimestral y yo no esperaba realmente que fuera un éxito (pocas revistas nuevas lo son), pero me equivocaba. Durante el segundo año pasó a ser bimestral, mensual en el tercero, y ahora se publica cada cuatro semanas apareciendo un total de trece veces al año. Mientras escribo esto, anda ya por su octavo año, ha publicado un total de cien números y su estado financiero es saludable. No tienes ni idea de lo satisfecho que me siento.

Naturalmente, existe el problema de cómo llamarla. Originalmente hubo una tendencia a referirse a ella como IASFM, ya que las dos revistas de misterio de Davis son identificadas a menudo como EQRM y AHRM. De todos modos esa abreviatura de cinco letras resultaba bastante incómoda de pronunciar y me sentí bastante aliviado cuando en el número treinta y ocho el logotipo de cubierta, más bien anticuado, fue rediseñado para convertirlo en algo más moderno. El nuevo logotipo tiene como rasgo más prominente la segunda palabra del título. Las otras cuatro palabras permanecen pero se vieron considerablemente reducidas en tamaño. A partir de entonces me referí siempre a la revista sencillamente como Asimov's. De todos modos, cuando se la tiene a cierta distancia eso es lo único que se ve del título.

Por lo tanto, ya puedes ver adónde pretendía llegar. Si no puedo ganar un Hugo en persona, es casi tan bueno – he dicho casi– que lo gane una historia del Asimov's. Y eso ocurre con frecuencia. Como verás casi inmediatamente, la primera historia de este volumen (una historia sorprendentemente buena) es del Asimov's.

ISAAC ASIMOV

1980

38.^a Convención
Boston

Enemigo mío

Barry B. Longyear

Sospecho que la mayor emoción que puede sentir un editor es descubrir a un escritor desconocido que posea un gran potencial, publicar sus relatos y ver luego como se cumple todo lo que prometía ese potencial. Hace cuarenta años pude ver como John Campbell descubría buen número de grandes escritores, yo entre ellos, y no había modo de ignorar su alegría y su deleite cada vez que él se daba cuenta de haber encontrado uno. (Incluso logró mostrar alegría y deleite cuando me descubrió).

Jamás tuve oportunidad de experimentar algo así y jamás la tendré porque nunca llegaré a ser un auténtico editor. Me falta tiempo y vocación para ello y, por encima de todo, me falta talento. Naturalmente figuro en el escalafón del Asimov's como director editorial, pero eso no es mucho más que un título de cortesía. Quiere ello decir que el auténtico editor puede acudir a mí para que le oriente si él o ella lo desean... y para lo poco que mi orientación pueda servirle.

Y, sin embargo, una vez sucedió. Por lo menos una vez.

El primer auténtico editor del Asimov's era mi buen amigo George Scithers, que dirigió la revista durante los primeros cuarenta y ocho números. La fundó, fijó su política inicial y se rompió la cabeza trabajando en ella.

Fue entonces cuando descubrió a un escritor hasta ese momento desconocido, Barry B. Longyear, que estaba enviando resmas enteras de relatos..., todos ellos buenos y dotados de un sello personal e inconfundible. Creo que George los compró todos con una creciente sensación de

entusiasmo, sabiendo que había hecho un descubrimiento.

George recibió un relato de Barry, titulado "Enemigo mío". Lo leyó y decidió que era el mejor de todos, pero según él había algo en el texto que no funcionaba y no acertaba a saber qué podía ser. Era claramente un caso para... ¡el director editorial!

El manuscrito me llegó por correo, junto con una nota quejumbrosa de George que decía: «... Una historia magnífica, pero ¿qué es lo que no funciona en ella?».

Se me cayó el alma a los pies. Jamás he podido decir qué anda mal en una historia y ni tan siquiera si algo anda mal en ella. Pero el deber es el deber y me la leí. Le hice algunas sugerencias a George. No recuerdo exactamente cuáles eran, pero eso no es lo importante. Lo que sí hice básicamente fue insistir en que George aceptara la historia, incluso si había cosas en ella que no le acababan de gustar. Lo cierto era que se trataba de uno de esos raros casos en los cuales una historia es tan buena que casi se puede ver la palabra «Hugo» escrita sobre sus líneas.

George la aceptó y la publicó. El relato fue acogido con un increíble entusiasmo por los lectores, y en la convención de 1980 mi visión quedó justificada. Enemigo mío ganó el Hugo en la categoría de novela corta.

Todavía más, dado que la convención se celebraba en Boston y que yo asistía a ella por primera vez en seis años, pude ver como finalmente una historia del Asimov's ganaba el Hugo. Fue la primera, pero puedo asegurar que no ha sido la última vez.

(Quizá te estás preguntando si pienso decir donde apareció cada uno de los ganadores del Hugo. De momento no se me ha ocurrido tal idea... y no creo que llegue a ocurrírseme. Ya sé que ello indica cierta parcialidad, pero ¿quién había prometido que sería imparcial?).

También ocurrió otra cosa realmente emocionante. George Scithers recibió un Hugo como Mejor Editor y en

ese momento sólo habían aparecido siete números del Asimov's. Y Barry ganó el premio John W. Campbell al escritor novel más prometedor del año.

Fue entonces cuando me di cuenta de que si tu revista, tu editor y tu autor ganan el Hugo, es casi tan bueno como haberlo ganado tú mismo.

Casi.

Las manos de tres dedos del dracón se crisparon. En los ojos amarillos de la criatura leí el deseo de tener esos dedos en torno a un arma o a mi cuello. Al contraer mis dedos, supe que el dracón leía lo mismo en mis ojos.

—¡lrkmaan! —escupió la criatura.

—Drac, pedazo de mierda. —Puse las manos delante de mi pecho y provoqué a la criatura—. Vamos, drac, drac. Acércate y tendrás lo tuyo.

—¡lrkmaan vaa, koruum su!

—¿Vas a charlar o a pelear? ¡Vamos!

Sentía el rocío del mar a mi espalda: un manicomio hirviente de olas coronadas de blanco que amenazaban con tragarme como habían hecho con mi avión de combate. Mi aparato había caído. El dracón se había lanzado cuando su caza recibió un impacto en la atmósfera superior, pero no sin antes destrozar mis motores. Yo estaba exhausto después de nadar hasta la grisácea y rocosa playa, y ponerme a salvo. Detrás del dracón, entre las rocas de la colina (que aparte de eso estaba pelada), pude ver su cápsula eyectable. Muy por encima de nosotros, su pueblo y el mío seguían enfrentados, peleándose por un rincón inhabitado del quinto infierno. El dracón se quedó inmóvil y yo recurrí a la frase que nos habían enseñado en la instrucción, una frase calculada para volver loco a cualquier dracón.

—¡Kiz da yuomeen, Shizumaat!

Significado: Shizumaat, el filósofo más venerado de Draco, come excrementos de *kiz*. Algo parecido a hartar de cerdo a un musulmán.

El dragón abrió la boca horrorizado, después la cerró mientras la ira cambiaba literalmente su color de amarillo a castaño rojizo.

—¡*lrkmaan*, tú estúpido Mickey Mouse ser!

Yo había prestado juramento de luchar hasta la muerte por muchas cosas, pero daba la casualidad de que ese venerable roedor no era una de ellas. Me eché a reír, y seguí riendo hasta que las carcajadas, combinadas con mi agotamiento, me obligaron a ponerme de rodillas. Me esforcé en abrir los ojos para no perder de vista a mi enemigo. El dragón estaba corriendo hacia el terreno elevado, lejos de mí y del mar. Me volví hacia el océano y vislumbré un millón de toneladas de agua justo antes de que cayeran sobre mí, golpeándome y dejándome sin conocimiento.

—¿*Kiz da yuomeen, lrkmaan, ne?*

Mis ojos estaban llenos de arena y me escocían a causa del salitre, pero una parte de mi conciencia me indicó: «Eh, estás vivo». Quise levantar el brazo para limpiar la arena de mis ojos y descubrí que tenía las manos atadas. Mis muñecas estaban ligadas con mis mangas. Cuando las lágrimas limpiaron la arena de mis ojos, vi al dragón sentado sobre la pulida superficie de una gran roca negra, mirándome. Debía haberme apartado del agua.

—Gracias, cara de sapo. ¿Y qué me dices de estas ligaduras?

—¿*Ess?*

Intenté agitar los brazos y erguirme dando la impresión de un caza atmosférico que inclina sus alas.

—¡Desátame, drac asqueroso!

Yo estaba sentado en la arena, adosado a una roca.

El dracón sonrió, enseñando las mandíbulas superior e inferior que parecían humanas..., excepto por los dientes, que en lugar de estar separados formaban una masa única.

–*Eh, ne, Irkmaan.*

Se levantó, vino hasta mí y comprobó las ligaduras.

–¡Desátame!

La sonrisa desapareció.

–¡*Ne!* –Me señaló con un dedo amarillo–. *¿Kos son va?*

–No hablo drac, cara de sapo. *¿Hablas esperanto o inglés?*

El dracón se encogió de hombros como un ser humano y luego señaló su pecho.

–*Kos va son Jeriba Shigan.* –Volvió a señalarme–. *¿Kos son va?*

–*Davidge.* Me llamo Willis E. Davidge.

–*¿Ess?*

Puse a prueba mi lengua con aquellas sílabas nada familiares.

–*Kos va son Willis Davidge.*

–*Eh.* –Jeriba Shigan asintió, después hizo un gesto con los dedos–. *Dasu. Davidge.*

–Lo mismo digo, Jerry.

–*¡Dasu, dasu!*

Jeriba empezaba a mostrarse algo impaciente. Me encogí de hombros lo mejor que pude. El dracón se inclinó y cogió la parte delantera de mi mono de vuelo con ambas manos y tiró de mí hasta levantarme.

–*¡Dasu, dasu, Kizlode!*

–¡Vale! Así que *dasu* es «arriba». *¿Qué es un kizlode?*

Jerry se echó a reír.

–*¿Gavey «kiz»?*

–Sí, yo *gavey.*

Jerry señaló su cabeza.

–*Lode.* –Señaló mi cabeza–. *¿Kizlode, gavey?*

Lo comprendí, y después giré los brazos, alcanzando a Jerry en la parte superior de su cabeza con la vara metálica. El dracón retrocedió, tambaleándose, y tropezó con una roca, pareciendo muy sorprendido. Se llevó una mano a la cabeza y la retiró cubierta de un pus color claro que los dracones creen que es sangre. Me miró con expresión asesina.

—¡*Gefh!* ¡*Nu Gefh, Davidge!*

—¡Acércate y tendrás lo tuyo, Jerry, *kizlode* hijo de puta!

Jerry se lanzó hacia mí y yo intenté alcanzarlo con la vara otra vez, pero el dracón cogió mi muñeca derecha con ambas manos y, aprovechando el impulso de mi acometida, me hizo girar, aplastando mi espalda contra otra roca. Justo cuando estaba recuperando el aliento, Jerry cogió una piedra y vino hacia mí con todas las intenciones de convertir mi melón en pulpa. Con mi espalda contra la roca, levanté un pie y le di una patada al dracón en el abdomen, lanzándolo sobre la arena. Me apresuré a levantarme, dispuesto a pisotear el melón de Jerry, pero el dracón señaló algo detrás de mí. Me volví y vi otra marejada reuniendo energías, y dirigiéndose hacia nosotros.

—¡*Kiz!*

Jerry se puso de pie y escapó hacia un terreno más alto; yo le seguía a poca distancia.

Con el rugido de la ola a nuestras espaldas, serpenteamos entre las piedras negras pulidas por el agua y la arena, hasta que llegamos a la cápsula eyectable de Jerry. El dracón se detuvo, apoyó su hombro en el artefacto ovoide y se puso a hacerlo rodar colina arriba. Comprendí la intención de Jerry. La cápsula contenía todo el equipo de supervivencia y alimento que ambos conocíamos.

—¡Jerry! —grité en medio del retumbar de la ola que se acercaba rápidamente—. ¡Quítame esta vara y te ayudaré!

—El dracón me miró, con el ceño fruncido.

—¡La vara, *kizlode*, sácamela!